

CONFERENCIA X

MEDIOS DE SALVACIÓN, INSTITUCIONES DE SALVACIÓN,
CAMINO DE SALVACIÓN

1. Los tres caminos para reconquistar el paraíso perdido, según la leyenda alemana.—En las leyendas de todos los pueblos, desde la India á Méjico, surge sin cesar un recuerdo, á menudo deformado de un modo horrible, á menudo casi en armonía con las palabras de la Sagrada Escritura; es la leyenda de la edad de oro, del paraíso perdido. Que hubo en otro tiempo sobre la tierra un estado y un lugar en que quedaban satisfechas la sed de la ciencia y las aspiraciones del corazón, en que no había ni pecado ni muerte ni miserias humanas, en que el hombre vivía en unión pacífica con Dios, en una palabra, en que la verdadera dicha y la verdadera paz no constituían solamente el objeto de las aspiraciones de la humanidad, sino que ésta las poseía realmente, he aquí lo que los pueblos no han olvidado nunca, he aquí lo que ninguna sabiduría aparente, ni ninguna incredulidad, se atreverían á negar.

Pero ¿podemos esperar poseer de nuevo un día este paraíso perdido, ó se ha perdido sin remedio? ¿Cómo conquistarlo, si es posible? En verdad podemos afirmar que estas dos cuestiones preocuparán á la humanidad mientras lleve en sí una centella del fuego descendido de lo alto, y que la preocuparán más que todas las otras. Millares de leyendas ingeniosas y fantásticas, centenares de poemas y de cantos, han salido de aquélla. Mientras un pueblo no esté completamente perdido, no renuncia á la creencia del paraíso perdido, ni á los esfuerzos para reconquistarlo.

Pero precisamente porque estas leyendas provienen de lo más profundo del corazón del hombre, son un signo cierto para darse cuenta del estado religioso y moral de los tiempos y de los hombres. Mientras un pueblo continúa siendo el mismo, busca en sus leyendas la vida y el paraíso.

Los antiguos guerreros paganos no vacilaban en desplegar todos sus esfuerzos allí donde esperaban obtener un goce terrestre y un honor temporal como recompensa á sus esfuerzos; pero allí donde se trataba de recuperar la virtud y la gracia perdida, eran más débiles que niños. En semejantes casos, deseaban que Dios, ó milagros, ó una fe ciega hasta lo imposible, hiciesen por ellos todo lo imaginable, sin que tuviesen que realizar por su parte esfuerzo personal alguno. Así es como, en la leyenda del duque Ernesto, los desterrados de la patria cristiana hacían maravillas de audacia para conquistar la gloria terrena, pero, para evitar la muerte y conservar la vida, no contaban con otro medio que el de coserse en sacos de cuero y esperar que llegase un ave de rapiña para que los trasportase por el aire.

El proceder de la caballería profana de la Edad Media, cuyos ideales son Alejandro y Arturo, nos muestra el extremo opuesto. Aquellos aventureros quieren conquistar á la fuerza el paraíso perdido, y si se les dice que no es posible así el auxilio de un poder superior, esto no hace más que excitar su orgullo y elevarlo á la arrogancia, que es su signo característico. ⁽¹⁾ Precisamente porque se le advierte que semejante empresa es superior á las fuerzas humanas, quiere Alejandro poseer el paraíso, aunque sea preciso arrebatarlo por la fuerza de las armas á los ángeles que lo guardan. Es él el más honrado y poderoso de todos los príncipes de la tierra, todo lo vence, ¿quién, pues, le resistirá?

«Todo esto no le parece aún suficiente. Impúlsale su orgullo hasta el punto de hacer un viaje al Paraíso, del que

(1) Kuonrät, *Rolandslied*, 289 y sig., 3361 y sig., 4604. Lamprecht, *Alexanderlied*, 798 y sig., 1172 y sig., 3258 y sig., 3292 y sig., 6463. *Parzival*, 348, 28, 456, 12; 604, 12. *Kaiserchronik*, 9283 y sig., 9485 y sig., 11359 etc.

quería apoderarse, y hacerse dueño de sus riquezas. ⁽¹⁾ El loco furioso se parecía al infierno, cuyo abismo parece querer engullir el cielo y la tierra, por más que éstos no puedan nunca llenar sus abismos.» ⁽²⁾

Completamente distinto es el caballero Parcifal. También él busca el Paraíso, pero la fe le dice que no puede obtenerlo sin trabajo. Los ángeles lo transportaron de aquí bajo á otra patria, cuando el hombre les hizo imposible la residencia en la profanada tierra. Dejaronle, no obstante, algo como compensación; tal fué el santo Graal, la gracia. Este Graal se conservaba en la ciudad del Graal, ⁽³⁾ centro del reino de Dios en la tierra. Pero era un don sobrenatural, que dependía de la voluntad de Dios. Jamás el caballero podía arrebatarlo por la fuerza, ni merecerlo; jamás podía conquistarlo con su propio valor á medida de su deseo. La gracia es la gracia, y Dios la concede á quien quiere. Pero esto no es una razón para abandonarse á la pereza y dejar á la ciega casualidad el cuidado de encontrarla. Durante mucho tiempo, Parcifal comprendió tan mal la doctrina de la gracia, como el duque Ernesto, y no quiso hacer nada para conseguirla. Llegó después á la corte del rey Arturo, y resolvió allí apoderarse del Graal con la impetuosidad insolente de Alejandro y de los caballeros de la Talla Redonda; pero sus esfuerzos fueron vanos. Finalmente, entró en sí mismo y comprendió la doctrina de la salvación. La vocación á la gracia depende únicamente de Dios, y á ella fué llamado el caballero. Sin embargo, debió empezar por ponerse en guardia contra la presunción y la cobardía por medio de la templanza y de la humildad, estos dos sellos distintivos del espíritu de la caballería cristiana, ⁽⁴⁾ y, después de esto, cumplir con su deber, avanzar por el camino que Dios le había trazado, reñir los combates que le eran impuestos, practicar las obras de

(1) Lamprecht, *Alexanderlied*, Weismann, 6462 y sig.

(2) *Ibid.*, 6520 y sig.

(3) *Parzival*, 453, 17 y sig. (Bartsch, 9, 617 y sig.).

(4) *Parzival*, 473, 1 y sig., 170, 21 y sig. Kuonrät, *Rolandslied*, 212 y sig., 3509 y sig., 3366 y sig. Lamprecht, *Alexanderlied*, 6769, 6794.

caridad, de sumisión, de obediencia, en una palabra, emplear los medios de salvación: entonces podría poseer el Graal. Pero no encontraría á éste más que en la ciudad del Graal, situada en el reino terrestre de Dios, y no se apoderaría de él, sino sometiéndose á las leyes y á las instituciones que regían este reino. Cuando hubiese recorrido estos caminos, cuando hubiese comenzado á servir en la Iglesia como caballero del Graal, cuando se hubiese sometido á sus prescripciones, y cuando de este modo hubiese encontrado al mismo Graal, entonces tendría la seguridad de no morir, es decir, de poseer el paraíso perdido, cuya prenda y señal estaba en la ciudad del Graal.

2. Las tres maneras de considerar el camino de la salvación.—En estas tres leyendas heroicas están descritas, por manera ingeniosa y clara, las diferentes vías que es preciso tomar para obtener la gracia de Dios, la prenda de la felicidad. El saco de cuero del duque Ernesto hace pensar involuntariamente en la fe fiducial vacía de la Reforma y en la doctrina de la justificación por la fe sola. El pecador se envuelve en los méritos de Jesucristo como en un manto. Según la doctrina de Lutero, no puede hacer más en su creencia terca. Así, pues, queda allí donde se tumba, porque desgraciadamente el ave de rapiña con que contaba no existe más que en su imaginación. Este camino no conduce á la vida; con semejante manera de obrar, el pobre pecador permanece eternamente en la miseria, lejos de Dios, y la horrible muerte se acerca cada día más hacia él.

Pero tampoco el Racionalismo, que, parecido á Alejandro, no quiere aceptar la verdad y la salvación de manos de Dios, porque cree poder conseguirlas con sus propias fuerzas, conducirá jamás á ningún fin. Porque, ó bien niega por principio todo lo que es sobrenatural, y no admite paraíso alguno, sino un paraíso terrestre,—en cuyo caso, natural es que permanezca siempre alejado de lo supraterrrestre y no encuentre aquí bajo el cielo con que sueña,—ó bien, por lo menos de palabra, admite un sobrenatural,

pero un sobrenatural que se jacta de poder obtener sin auxilio sobrenatural y sin medios sobrenaturales de salvación, únicamente por las fuerzas humanas, con lo que, en este caso, queda de nuevo, y con mayor razón aún, muy por debajo de su fin.

Ambas tendencias no alcanzan su objeto, la una por falta de actividad propia y por negligencia de los medios humanos, y la otra porque quiere hacerlo depender todo de estos últimos, sin recurrir á un auxilio sobrenatural.

El escarpado sendero que conduce al cielo pasa entre estos dos errores. Nadie llega al fin sin un auxilio más elevado, pero tampoco llega nadie sin esfuerzo personal. Según la expresión del poeta de la Edad Media, Dios no reconoce por hijos suyos, á los cuales da la vida eterna, más que á aquellos que cumplen sus mandamientos y practican las buenas obras con medida y modestia, á fin de cambiar sus costumbres y su corazón. ⁽¹⁾ Ahora bien, para que el hombre emprenda el buen camino, y para que lo que emprenda para su purificación y ennoblecimiento llene el doble fin de mejorarlo y conducirlo á Dios, preciso le es dejarse instruir, dirigir y fortalecer por Dios. Lo primero se consigue con la gracia, lo segundo por la Iglesia como autoridad, y lo tercero por la gracia y por los medios de salvación depositados en la Iglesia. Sin esto, imposible es conseguir el fin sobrenatural. Palabras muy serias son estas, pero no duras ni injustas. No decimos que uno no pueda ser salvado, si, sin que medie falta por su parte, no ha empleado ó conocido los medios de salvación que Dios ha confiado á su Iglesia, como tampoco damos á nadie el título de santo por el solo hecho de que haya aprendido á conocerlos y á servirse de ellos por la gracia de Dios; pero es cierto que, si Dios, por un favor inmerecido, ha abierto de nuevo á la humanidad el camino del paraíso, sería, por decirlo así, querer tentarlo el intentar conseguir la salvación por vías extraordinarias, contra su orden, y fuera de los medios reglamentados y santificados por

(1) Lamprecht, *Alexanderlied*, 6847 y sig., 7089, 7109 y sig.

Él. Nadie pondrá en duda que, al establecer el orden ordinario, Dios no ha abandonado ni el derecho ni el poder de hacer algo extraordinario; pero todos comprenderán también que sería más que temerario exigir milagros allí donde la medida de la gracia ordinaria supera ya todo milagro.

Es, pues, á la vez, una presunción y una imprudencia el querer conseguir el reino del cielo á espaldas del reino de Dios visible aquí bajo, de la Iglesia de Jesucristo. Á esta es á quien Dios ha confiado el cargo de indicar el camino del cielo, y en ella ha depositado, con la gracia, todos los medios, sin los cuales no puede tener lugar la ascensión á este fin penoso y difícil. De aquí que pidamos, á todos los que toman á pechos su salvación, lo que se exigía en otro tiempo á los caballeros del Graal, á saber, que se convirtiesen en compañeros suyos por amor á Dios, que practicasen las virtudes con toda humildad y prudencia ante Dios, pero adhiriéndose del modo más íntimo á la Iglesia, y observando exactamente el orden de salvación, tal como el Espíritu de Dios lo ha establecido en ella.

«Las manos del sacerdote no llevan armas, sino que ocupa su lugar en ellas la bendición de Dios. Ayúdale fielmente á llenar su ministerio, y tu fin será bueno. Todo lo que hay de más grande y luminoso en la tierra no iguala al sacerdote. Sus labios ofrecen el sacrificio que borra la corrupción del pecado; y así, tiene en su sagrada mano la prenda más sublime de salvación que jamás haya sido dada para perdonar las faltas». ⁽¹⁾

3. Nada impide el empleo de los medios de salvación dados por la Iglesia.—Por fin, hemos llegado al punto decisivo. Quizás no se vea aún con toda claridad la razón de esto, pero no tardará en llegar la luz. Nos falta dar el último paso que nos separa de nuestro fin. Así como la fe es la piedra fundamental que sirve de base al edificio de salvación cristiana, así el justo empleo de los medios de salvación proporcionados por la Iglesia es la clave

(1) *Parzival*, 502, 8 y sig. (Bartsch, 9, 2078 y sig.).

de bóveda de aquélla. El viento y la lluvia penetran allí donde no se pone esta piedra, y la obra edificada á costa de tan grandes esfuerzos y gastos, muy pronto es destruída. Y, ciertamente, no se necesita un acontecimiento particular externo para aniquilar todo el trabajo. Si falta la clave de bóveda, el edificio no queda terminado, no hay en él ni unidad ni solidez, por lo que no puede hacer otra cosa que hundirse, sin que de ello sea causa ninguna influencia extraña. Para evitar esta catástrofe, preciso es coronar y completar la fe, la vida cristiana, la estimación de la gracia y la adhesión á la Iglesia, con el empleo de los medios que ésta ofrece para procurar la gracia.

Siempre ha habido gentes que han creído en lo que enseñaba la Iglesia, y que todavía creen. Dispuestos están—por lo menos así lo creen—á dar su vida por ella. Nadie puede echarles en cara que no cumplen sus obligaciones morales como cristianos, y sus obligaciones profanas como hombres. Con su persona, con su tiempo y su dinero sostienen las luchas por los derechos de la fe y de la Iglesia, en un mundo tan desprovisto de carácter como el que habitan. Este equivale á un semimartirio, pero, examinándolos de cerca, vese en seguida que el Cristianismo está todavía muy lejos de florecer en ellos en todo su esplendor. ¿Qué falta, pues, para su perfección? No mucho, y, sin embargo, un elemento esencial. Combaten por la Iglesia, pero rara vez la ven; luchan por la libre celebración del culto divino, por la libre recepción de los sacramentos, pero no hacen un uso conforme de esta libertad. Creen que los servicios que hacen á la Iglesia los dispensan de la obligación de someterse á todas sus leyes, y esto deja en su vida una laguna, tanto más lastimosa de ver, cuanto que no tendrían que hacer más que dar el último paso, que no dan, porque les falta el valor para ello.

Semejantes ejemplos son las mejores pruebas para mostrar que, sin la cooperación personal á la acción de la Iglesia, toda la vida del cristiano no es más que una media vida, y que sólo apropiándose la gracia de Dios con

el empleo de los medios de salvación ofrecidos por la Iglesia, puede acabarse por completo el edificio del Cristianismo.

4. Los ataques contra la Iglesia como institución de salvación.—Quizás los enemigos de una vida cristiana sin lagunas sean los que más sientan lo que queremos decir con esto. Cualquiera que sea el punto de vista en que se coloquen, tienen grandes quejas que formular contra nosotros sobre este punto. Si unos nos acusan de disminuir los méritos de Jesucristo, al exigir la cooperación humana, muéstranse apenados los otros de que, á veces, hagamos depender demasiado la salvación de la gracia divina y de los medios por los cuales nos llega esta gracia, en vez de hacerla depender simplemente de la interioridad libre. Unas veces se acusa á la Iglesia de querer existir sola, de querer hacerlo todo, y de no permitir ningún impulso al espíritu, en tanto que otras, el mismo adversario deplora precisamente lo contrario, á saber, que la Iglesia no se ocupa, propiamente hablando, en las cosas esenciales, que tolera ó finge no ver las opiniones doctrinales más divergentes y contradictorias, mientras que uno se conduzca según sus leyes en apariencia y no rechace su administración externa. Lo que en unos es una laguna, es en otros un exceso; lo que unos califican de poco, es para otros una exageración. Á pesar de esto, todos los ataques convergen en un sólo punto, en el cual, todos los adversarios están de acuerdo; y así dicen que la Iglesia ve el triunfo de su espíritu en una superficialidad y en una exterioridad irritantes. La doctrina de los sacramentos y de los sacramentales no es sólo un profundo rebajamiento para el hombre, sino también la muerte de toda moral personal. De este modo, toda religión se reduce á formas y fórmulas, y lo que es un asunto del corazón, se convierte en una práctica externa puramente legal. La Iglesia se considera como idéntica al Cristianismo; el culto de Dios en espíritu y en verdad, como lo ha recomendado Jesús de Nazareth, se ha cambiado en una verdadera magia, en un conjunto de jue-

gos de manos aprendidos de memoria. Bajo la influencia de tales doctrinas, el Cristianismo debe habituarse á considerar á Dios como un maestro ciego, con el cual cumple uno, merced á ciertas ceremonias hechas de un modo mecánico, y al pecado como á una simple mancha externa que algunas gotas de agua bastan para lavar. Ahora bien ¿qué transformación interna puede obrar en el hombre una religión que santifica á todo criminal, con tal que se incline ante el sacerdote al marchar al suplicio, una religión que ofrece el cielo, como segura perspectiva al pecador más empedernido, con tal que vaya á misa, reciba los sacramentos y cuente con las indulgencias y oraciones de los demás después de su muerte? Sólo entonces tiene lugar el ataque principal formulado en los siguientes términos: «¡Qué dignos de compasión sois pobres cristianos!—dicen.—Con la mejor buena fe del mundo tomáis todo ese oropel por ley divina, y no sospecháis que, con el pesado fardo de las leyes humanas, bajo el cual os encorváis, un nuevo paganismo se ha deslizado en la Iglesia de Cristo. ¿Qué son vuestros templos, vuestras procesiones, todo vuestro culto divino entre muros mudos, sino la resurrección de la antigua idolatría que vuestra fe debiera haber hecho desaparecer del mundo?»

5. Doble importancia de lo sensible al servicio de la religión, como expresión y medio de formación del espíritu.—No diremos hasta qué punto estas censuras y otras semejantes son deformaciones malvadas de nuestra doctrina, ó explotaciones maliciosas y despiadadas de una falsa piedad por parte de algunos cristianos; nos contentaremos con gemir y orar. Pero lejos de condenar á nuestra religión, hablan en su favor. Se nos censura, porque nuestra fe prescribe prácticas externas, del mismo modo que ocurría en el Paganismo. ¿Pero es esto acaso una nota infamante para ella? Si aun en épocas de tinieblas, y en las regiones colocadas á la sombra de la muerte, no se ha encontrado jamás un pueblo tan grosero, tan pobre en materia de moral y de leyes, que no haya creído en la exis-